

Sobre la enseñanza de las lenguas regionales

I

A propósito de un llamamiento de la Sociedad a los amigos de la lengua de Oc (1)

Un gran número de profesores de diversos órdenes de enseñanza recibieron hace algún tiempo un llamamiento cuya parte esencial reproducimos a continuación:

« o ignoráis sin duda el éxito unánime que han obtenido en el parlamento los discursos y las intervenciones de MM. Inizan, Daudet, Reymonencq, de Magallon, Herriot, Vallat, Leygues, Raynaldy, Duclaux-Monteil, de Castelnau, Meritan, Brousse, Fribourg, en favor de la *Literatura francesa en Lengua de Oc*, demasiado desconocida hasta este día (V. *Journal Officiel* del 27 de junio, 9 de julio, 7, 8, 12 y 13 de diciembre de 1922; reforma de la segunda enseñanza, manuales escolares, teatros en dialectos regionales, etc.)

»Una encuesta dirigida por M. Emile Ripert, profesor de provenzal en la Facultad de Letras de Aix, acerca de la oportunidad de admitir en el bachillerato la lengua del Mediodía, acaba de obtener la aprobación casi unánime de los literatos, de los hombres políticos y de los universitarios, que dieron su parecer.

»El señor Ministro de Instrucción Pública, que toma abiertamente parte en el movimiento felibre de su país del Béarn, ha declarado que el problema es apasionador, pero de solución difícil por razones puramente técnicas.

(1) Este estudio se publicó, primeramente, con algunas diferencias de forma y dividido en cuatro artículos, en *Le Courrier de Bayonne* (23 y 30 de agosto, 6 y 13 de setiembre de 1923). Más tarde apareció en el *Bulletin de la Société des Sciences, Lettres, Arts et d'Etudes Régionales de Bayonne*, con una tirada aparte, de la que nos hemos servido para la presente traducción.

»En estas condiciones, aceptado y reconocido el principio de
 »la *Lengua de Oc* oficial, nos toca a nosotros, profesores y maestros,
 »facilitar la tarea del poder central, preparándole las vías hacia
 »la organización de la enseñanza bilingüe en nuestras regiones.

»Por esta razón, acaba de constituirse un *Comité de Acción* que
 »comprende las personas cuyos nombres y cualidades encontraréis
 »a continuación.

»Os pide:

»1.—Que no castigéis jamás a vuestros discípulos por haber
 »hablado «patois» en la escuela.

»2.—Que no les inculquéis el desprecio de nuestra lengua, deni-
 »grada sistemáticamente hasta aquí por orden de gobernantes
 »mal avisados; el joven así deformado se desarraiga de la tierra
 »natal, la abandona con hastío y va a la capital que, por estar ya
 »demasiado poblada, no sabe qué hacer de él.

»3.—Que comparéis el «patois» y el francés en la enseñanza de
 »este último, como lo recomiendan varios inspectores de enseñanza
 »primaria de Gascuña y de Provenza (método saviniano): que hagáis
 »lo propio con las lenguas vivas cuando haya lugar a ello.

»4.—Que expongáis a vuestros discípulos la *verdad* acerca de
 »ese pretendido «patois» que es, en realidad, la supervivencia más
 »o menos pura de la *Lengua de los Trobadores* (los cuales fueron
 »los maestros de todos los escritores de la Edad Media y del Rena-
 »cimiento) y la *Lengua* que los *Felibres* hicieron célebre en el mundo
 »entero. No debe ocultarse la verdad.

»5.—Que expliquéis en vuestros cursos, al lado de la literatura
 »en lengua de Oil (o de París), la de la lengua de Oc, u Occitana
 »(provenzal, de Languedoc, gascona, lemosina, auvernia, catalana,
 »etcétera) como se hacía ya en varios establecimientos de las Aca-
 »demias de Aix, de Tolosa, de Burdeos y de Clermont-Ferrand.

»6.—Que comentéis, hagáis traducir y enseñéis a vuestros dis-
 »cípulos trozos de autores en nuestra lengua, comenzando por los
 »de vuestro terruño, de vuestra región; después, de una manera
 »general, los más célebres de entre todos, como Goudoli, Cortète
 »de Prades, Peyrot, Despouirins, Dastros, Navarrot. Salles; Jasmin,
 »Roumanille, Mistral, Aubanel, F. Gras, Gelu, Roumieux; A. Marin,
 »Bigot, Langlade, Mir, Fourès, Castela, Froment, Besson, Verme-
 »nouze; Roux, Michalias; Joffre, Prépratx, Saisset, Verdagner,
 »Maragall, etc., para no citar más que los muertos a los que sigue
 »una gloriosa pleyada de vivos.

»7.—Que os adhirais a nuestro grupo que os proporcionará toda
 »la ayuda posible y todos los datos necesarios, recibirá a gusto todas
 »vuestras sugerencias y se propone crear una revista especial para
 »el objeto que perseguimos.»

Esta circular lleva un centenar de firmas, entre las que encontramos los nombres más eminentes: los de los miembros de la Academia Francesa o de las diversas secciones del *Institut* (Letras, Medicina, etc.), los de profesores de la enseñanza superior, como MM. Bourciez y Anglade, los sabios maestros de la filología románica de las Universidades de Burdeos y de Tolosa, M. Jeanroy, de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, los de numerosos profesores de liceos y colegios y de maestros que pertenecen a la enseñanza oficial o a la enseñanza libre.

La misma diversidad de los firmantes muestra qué interés ha despertado esta cuestión en los centros más diferentes. Por otro lado, sería falso creer que no apasionará más que a los «Meridionales»: puesto que alguno de los autores del llamamiento es de la Lorena: y es que, en efecto, el problema es más amplio; si se va al fondo de las cosas, no se trata solamente de la «lengua de Oc» en sus diversas variedades locales (provenzal, catalán, lemosín, gascón, o bearnés, etc.): se trata de todas las lenguas regionales, «patois» románicos, como la lengua de Oc, el wallón o el picardo, lenguas no románicas como el flamenco, el vasco o el bretón; y se recordará que cuando la cuestión fué planteada por primera vez en el Parlamento hace una docena de años, un diputado del Norte intervino en favor del flamenco ante los aplausos unánimes de los representantes de las regiones meridionales.

Desde que se publicó el llamamiento de la *Société des Amis de la Langue d'Oc*, buen número de personas diversas enviaron su adhesión a sus autores. Hay por lo tanto, incontestablemente, un movimiento de opinión en favor de la enseñanza de las lenguas regionales: puede ser, por consiguiente, que no carezca de interés el presentar la cuestión al público y el examinar al mismo tiempo que las razones de diverso orden que justifican esta enseñanza, los medios prácticos de realizarla.

Hay ante todo, según parece, una razón de sentimiento que no es despreciable: ¿cómo se puede dejar ignorar a un niño, en el colegio o en la escuela, las producciones literarias que más honor hacen a su patria chica? Es inconcebible que un pequeño provenzal no haya leído en clase una página de Mireille, que un niño de Lille

no haya cantado una «pasquille» de Desrousseaux, que un pequeño vasco no haya aprendido una de las deliciosas canciones de Elissamburu, o, para citar un ejemplo más sorprendente todavía, que un pequeño gascón de los alrededores de Bayona no haya jamás leído las encantadoras poesías de Justin Larreatbat?

Conviene, ciertamente, que la enseñanza, en sus diversos grados, se adapte a fines prácticos: pero, es necesario también que el más prosaico utilitarismo no domine por completo y un exclusivismo de ese género constituiría para una nación el peligro más grave, al preparar generaciones de «Beocios» insensibles a todo ideal elevado: tal es aparentemente la causa de muchos males de los que sufren los pueblos; así nuestra vecina España, al sacrificar en su enseñanza desde hace aproximadamente medio siglo, por un deseo de mal entendido progreso, las materias sobre las que reposa sobre todo lo que llaman «cultura general» (historia, explicaciones literarias, latín, filosofía, etc.) a aquellas que parecen tener una utilidad más directamente práctica (utilidad con frecuencia más aparente que real, si el fin principal de la escuela es formar ante todo gentes que sepan pensar), España, decimos, ha restringido numéricamente su *élite* intelectual y se ha expuesto a secar en su clase media y entre las gentes del pueblo los manantiales de aquel idealismo del que produjo durante tanto tiempo incomparables modelos. Estimamos que el colegio falta a su misión esencial si no despierta en los discípulos el amor de todo lo que es grande y de todo lo que es hermoso. Sería injuriar a la escuela primaria el creerla incapaz de desempeñar, también ella, un papel análogo, aunque en una medida más modesta. Ahora bien; ¿qué obras se prestarán mejor a despertar en los niños el gusto literario, que las que están escritas en la lengua de su patria chica, la que mejor se adapta entre todas a su oído y a su voz, la primera que aprendieron en su mayoría?

II

La enseñanza de las lenguas regionales tendrá por consecuencia un mejor conocimiento, del francés

Una de las ventajas prácticas que debe resultar de una enseñanza, por lo menos rudimentaria, de las lenguas regionales, será la de dar a los discípulos un conocimiento más correcto del francés. Esto extrañará tal vez: cómo, se dirá, ¿los niños sabrán mejor el

francés si una parte, aún mínima, del tiempo pasado en clase se consagra a otra lengua? Y sin embargo, para toda persona habituada a las cuestiones de la enseñanza lingüística, nada es más verdadero que esta proposición en apariencia paradógica. Para demostrarlo, permítasenos recordar, de una manera sucinta, cómo ha llegado a ser el francés lengua oficial en los países que constituyen la Francia actual.

El latín, como su nombre lo indica, era primitivamente la lengua de Lacio, es decir de la región de Italia en la que se encuentra Roma. Cuando esta ciudad comenzó a hacer sentir en toda Italia su preponderancia, su lengua se esparció poco a poco, desalojando los otros idiomas usados en la península (varios de los cuales eran, por otra parte, ellos mismos, muy vecinos del latín, lo que facilitaba la sustitución). Más tarde, cuando Roma hubo conquistado España y la Galia, su acción en estos dos grandes países no se limitó a una simple dominación militar: fué una verdadera y muy intensa colonización, de tal manera que, en el curso de los primeros siglos de nuestra era, el latín llegó a ser poco a poco la lengua de toda España y de toda la Galia, *como era ya*, o faltaba poco, la de toda Italia. Sólo, en este vasto dominio, por razones que no trataremos de determinar aquí, algunos islotes, conservaron su antigua lengua y de ese número fué el país vasco. Claro está, que el latín que se impuso en la Galia y en España no era absolutamente idéntico a la lengua literaria de César o de Cicerón, sino una lengua un poco diferente, que se designa con el nombre de *latín vulgar*, y que los trabajos de los filólogos modernos nos han permitido conocer bastante exactamente. Este lenguaje presentaba hacia el siglo IV, una unidad real, aunque las divergencias locales apareciesen ya en él, principalmente en los países un poco aislados de los otros, como la Cerdeña. Con el tiempo, y sobre todo después de que se rompió la unidad del imperio romano por las grandes invasiones germánicas del siglo V, las divergencias locales iban a acentuarse, y a aumentar insensiblemente hasta el punto de dar nacimiento a una multitud de dialectos locales. Una lengua viva no puede jamás permanecer igual a sí misma: una fuerza natural inconsciente pero ineluctable, le obliga a evolucionar incesantemente: esta es una de las leyes primordiales del lenguaje. Otra ley no menos esencial, es que cuando una lengua se habla en vasto territorio, a menos que una cohesión política o intelectual extremadamente fuerte no venga a poner obstáculo a la disgregación, la evolución se verifica de una manera

diferente en cada una de las diversas regiones, de tal manera que acababan por formarse varios dialectos distintos. Considérese, por ejemplo, lo que ocurre en la América latina: su introducción del español remonta solamente a tres o cuatro siglos y ya entre Cuba, Méjico, la Argentina, Perú y Chile, existe una multitud de diferencias de lenguaje y pronunciación, que el gran filólogo colombiano Cuervo y algunos otros hispanistas han puesto en claro. Un fenómeno parecido constituyó la desagregación del latín vulgar en la rica variedad de dialectos locales que existen hoy en Italia, en Francia y en España. Solamente, como la unidad de civilización fué aquí menos fuerte y el tiempo que transcurrió mucho más largo, la diferenciación llegó a ser infinitamente más considerable que en el caso de la América española, formándose lenguas tan diversas como el italiano o toscano, el veneciano, el dialecto lombardo, el francés, el gascón, el picardo, el catalán, el español, el portugués, etcétera. Los «patois» no son por lo tanto, como algunos personas se imaginan simplemente, un francés alterado y corrompido: lejos de ser los hijos degenerados del idioma oficial, son sus hermanos, salidos directamente como él, del latín vulgar.

Cuando, en un país, se constituye una unidad, sino siempre política, por lo menos moral (como era el caso de Italia antes de 1870), la necesidad de una lengua común se hace sentir, aun cuando no sea más que para las relaciones entre las regiones que hablan dialectos demasiado alejados los unos de otros. A veces, en casos de este género, la elección de la lengua común la dictan razones de simple preponderancia intelectual: tal fué el caso en Grecia en donde, cuando en tiempos de Aristóteles el dialecto ático fué adoptado como lengua común, con algunas ligeras derogaciones en los puntos en que se alejaba demasiado de otras hablas griegas, esta preferencia se inspiró en la superioridad intelectual de Atenas. Lo mismo cuando en Italia el dialecto toscano fué promovido a la dignidad de lengua común, esta elección estaba legitimada por el papel de capital intelectual que ejerció durante largo tiempo Florencia. Entre nosotros razones análogas intervinieron tal vez para dar preponderancia al francés que, en su origen, no era más que el «patois» de la Isla de Francia pero parece que el factor principal, en su elevación al rango de lengua oficial, fué de orden político. En el siglo XII, en efecto, otros dialectos de la Francia del norte, como el normando y el picardo, podían enorgullecerse de un florecimiento literario por lo menos igual al del francés: el normando, en par-

titular, ¿no podía reivindicar la joya más rica de nuestra vieja poesía épica, la *Chanson de Roland*? Si, por lo tanto, desde el siglo XIII al XIV el «patois» de la Isla de Francia desalojó, como lengua literaria, a los dialectos de los países vecinos, fué sobre todo porque al residir los reyes de Francia en París, era la lengua de los soberanos y de la corte.

No se crea, sin embargo, que la extensión de este «patois» como lengua oficial a toda Francia fuera muy rápida. En el siglo XV, en la misma Francia del Norte, el latín era todavía la lengua usual en los actos procesales, en los registros de deliberaciones de los Capítulos de las catedrales, etc., y el francés no se sustituyó a él en este uso más que en el siglo siguiente.

Por lo que hace a las regiones meridionales, vemos que en el siglo XIV el rey Jean le Bon ordena, en una pieza redactada en latín, que en las regiones que constituyen el Languedoc de hoy los documentos oficiales se escriban en la lengua del país (*in romancio vulgari*); es probable por otro lado que si hubiera querido hacer desde esta época obligatorio el uso del francés como lengua oficial en las regiones meridionales no se hubieran podido ejecutar sus órdenes, porque el número de personas que sabían allí el francés era todavía sin duda muy limitado (1). En cambio, en la segunda mitad del siglo XVI, el conocimiento del francés debía haber penetrado ya suficientemente en las clases cultivadas de las regiones meridionales, porque una ordenanza de Carlos IX prescribió su empleo en los actos oficiales con exclusión de la «lengua de Oc». Solos el Bearn y algunos países vecinos que no pertenecían a la corona de Francia conservaron por esta razón el privilegio de servirse del dialecto local. En cuanto al país vasco-francés, no habiéndose empleado el idioma euskaro hasta el siglo XVI más que como lengua hablada y no como lengua escrita, nunca tuvo la buena fortuna de poder

(1) Hacia la misma época, el Príncipe Negro, hijo de Eduardo III, no desdenaba, según parece, hablar gascón. La lengua que sabía mejor era probablemente el francés, que por lo menos hasta el siglo XV fué el idioma usual de la casa real de Inglaterra, de origen normando y angevino. Pero el Príncipe Negro residía ordinariamente en Burdeos y eso fué sin duda lo que le llevó a aprender el gascón. En Gascuña fué por otra parte en donde reclutaba una parte de sus tropas. Así una crónica española del tiempo nos lo muestra al fin de la batalla de Nájera gritando con despecho y en lengua gascona, que «lo bort» (el bastardo Enrique de Trastámara) iba a conseguir escaparse, y excitando a sus caballeros a perseguirlo.

servirse de su lengua propia para los usos oficiales y debió tomar para ese efecto primero el latín y el gascón, y más tarde el francés. Pero no nos engañemos: si desde la segunda mitad del siglo XVI el francés era suficientemente conocido de las clases cultivadas de nuestra región para que el rey de Francia pudiera tomar la medida sabida, hay que guardarse de creer que había llegado a ser desde esta época la lengua usual de esas mismas clases cultivadas: un siglo más tarde, bajo Luis XIV, Madame d'Aulnoy que se detuvo unos días en Bayona no podía, como lo recordaba recientemente en una interesante «causerie» M. Antonin Personnaz, sostener directamente una conversación seguida con las señoras y muchachas de las primeras familias de la ciudad, porque éstas no-hablaban más que gascón (1).

De todo lo que precede resulta que en las regiones en las que existe una lengua regional muy diferente del francés, en la época de su introducción, no se practicaba éste en principio más que por una minoría de personas para las que constituía una lengua extranjera y que, por consiguiente, lo hablaban como se hablan y se escriben de ordinario las lenguas de esta clase, es decir de una manera más o menos imperfecta. Ya se sabe lo que ocurre casi siempre en tal caso: se calcan las expresiones del idioma extranjero sobre las del habla que se ha aprendido en la infancia; si es necesario, se inventa palabras poniendo una terminación o una pronunciación extranjera a términos propios a la lengua materna. Una multitud de faltas de este género se cometieron por los primeros que hablaron francés en las regiones meridionales, y, desde entonces, favorecida su conservación por la influencia de la lengua del país, se han transmitido por tradición y continúan esmaltando el lenguaje de sus descendientes; de ahí las innumerables expresiones viciosas de que se oye hacer uso a los Meridionales, aún a los más instruídos, como «demi-heure» por «*une* demi-heure», «on lui a volé *la* montre» por «on lui a volé *sa* montre», etc., de ahí también enormes barbarismos como «dépiquer», tan usado en el Bearn y en las regiones vecinas, y que es una palabra perfectamente incomprensible para

(1) Desde que fueron escritas estas líneas, se han publicado dos obras notables sobre la introducción del francés en nuestras provincias meridionales y sobre la cuestión mis especial de su introducción en el Bearn y en el Roussillon: son las tesis doctorales de M. Brun, profesor del Liceo de Marsella.

los franceses de las otras regiones. No es ésta, sin duda, la única causa de las particularidades de lenguaje propias a las provincias meridionales: otras muchas provienen de que el francés que se habla en ellas no ha seguido siempre exactamente la evolución del francés de la Isla de Francia: si en Bayona, por ejemplo, se emplea corrientemente la palabra «*d'abord*» en sentido de «*immédiatement*» o «*aussitôt*», que ya no tiene en francés moderno, es porque tuvo realmente esta acepción en tiempo en que el francés comenzó a esparcirse en Bayona hace trescientos o cuatrocientos años. Pero la causa más importante de las faltas de lenguaje que abundan en el francés de nuestras regiones meridionales es, sobre todo, la primera que hemos señalado: la influencia, antigua o presente, de la verdadera lengua del país sobre el idioma extranjero de introducción tardía. Así la lengua regional, que se ha querido ignorar en la enseñanza, toma su revancha al salpicar de incorrecciones ese francés al que se ha pretendido consagrar un culto exclusivo. No se diga que es una exageración: el jefe de una gran administración, que entre sus empleados sólo cuenta con hombres instruidos, originarios de todas partes de Francia, decía un día que le bastaba leer una página o dos de un informe redactado por uno de sus subordinados para reconocer si era o no de las regiones en las que se habla una variedad cualquiera de la «lengua de Oc»; y M. Cirot, el sabio profesor de la Facultad de Letras de Burdeos, pudo escribir cuando, hace una decena de años, la cuestión de la *crisis del francés* levantó tantas discusiones: «la crisis del francés no es, en gran parte, más que la revancha del provincialismo sobre el francés de París». Entonces, ¿cómo corregir las faltas debidas en su mayor parte a una reacción de las lenguas regionales? El medio mejor es tomar, como se dice «el toro por los cuernos», e instituir francamente, en la enseñanza del francés, entre la lengua regional y la lengua oficial, una comparación más o menos profunda según la naturaleza de las escuelas y de los discípulos, pero siempre, por lo menos, rudimentaria, que hará resaltar las diferencias que existen entre los dos idiomas, y señalará las faltas que hay que evitar en uno de ellos bajo la influencia del otro. El absurdo método centralizador y unitario, que, desconociendo la realidad, quiere que el francés se enseñe en Quimper, en Hazebrouck, en Lézignan, en Navarrenx o en Espelette como se enseña en París o en Versalles está en bancarrota: conviene modificarlo, o por lo menos enmendarlo. Examinaremos ahora por qué medios cabe hacerlo.

III

¿Cómo se organizará la enseñanza de las lenguas regionales?

Hemos tratado de mostrar que aún colocándose desde el punto de vista utilitario del conocimiento del francés, parecerá deseable una enseñanza por lo menos rudimentaria de las lenguas regionales. Ciertamente, en espera de que esta disciplina pueda recibir lo que se le debe, se imponen ciertas medidas, como un *mínimum* necesario: en el estado de cosas actual, los mismos maestros, tanto en la enseñanza secundaria como en la enseñanza primaria, incurren en casi todos los provincialismos que deberían corregir en sus discípulos; no puede ser de otro modo, puesto que jamás nadie, en el curso de su preparación profesional, se ha tomado el trabajo de señalárselos. Sería indispensable que en cada escuela normal de maestros una parte del tiempo consagrado a la enseñanza del francés se dedicara precisamente a poner en guardia a los futuros maestros contra las faltas de francés propias de su región; a este efecto, debería hacerse en cada uno de los departamentos interesados, por personas competentes, una lista tan exacta y completa como fuera posible de esas faltas. Algunos trabajos de ese género se han hecho ya para algunos de nuestros países de «lengua de Oc»: en un opúsculo intitulado *Respectons notre langue*, M. H. Grojean ha hecho un trabajo útil al insertar, a continuación de una lista de incorrecciones sobre la que habría que hacer algunas reservas (porque varias de las locuciones que anota como viciosas no lo son ciertamente), una larga serie de gasconismos del «Agenais»; pero los verdaderos modelos del género los suministran *Les Gasconismes corrigés* de Desgrouais, y sobre todo las *Observations sur quelques particularités du parler bayonnais*, publicadas en 1904 en el *Bulletin de «Biarritz Association»* por el sabio profesor del Liceo de Bayona M. J. Lambert (1). El día que se hayan redactado trabajos parecidos para cada región interesada, será fácil aportar a la enseñanza del francés un perfeccionamiento considerable: los maestros tendrán un guía seguro: en cuanto a los maestros de segunda enseñanza, cuyo reclutamiento

(1) Ya una decena de años antes, M. Alexandre Leclerc, profesor igualmente del Liceo de Bayona, publicó un opúsculo que era como un primer esbozo del trabajo de M. Lambert: *Etudes sur quelques locutions vicieuses en usage dans le Midi et particulièrement dans le Sud-Ouest par A. Leclerc; Bayonne, imp. Lamaignère, 1895.*

no es regional, tendrán también a su disposición un excelente instrumento de trabajo cuando sean llamados a enseñar lejos de su país de origen. Pero volvamos a repetirlo, ese no será mas que un paliativo provisional, y el fin perseguido, es decir, la depuración del francés en las regiones en las que no ha sido en su origen más que una lengua extranjera, se conseguirá siempre mucho mejor por el estudio comparativo, más o menos desarrollado, al que dará lugar la enseñanza de la lengua regional.

Tendremos ocasión de señalar, en el curso de esta discusión, otras ventajas que resultarán de esta enseñanza. Pero primero, trataremos de dar una idea de la manera como concebimos su organización.

En las Facultades de Letras de nuestras Universidades existe ya una enseñanza de la mayor parte de las lenguas regionales de los países interesados; está confiada a maestros eminentes, que no son inferiores por su ciencia a los especialistas de allende las fronteras, ni menos todavía por su sagacidad y seguridad de gusto literario. Bastaría completar en algunos puntos esta organización, y sobre todo hacer de modo que a los cursos de lengua y literatura regionales asistiera un mayor número de estudiantes, a fin de que surgiesen «vocaciones» más numerosas en esta rama de la ciencia; entonces cesará esa paradoja que hace que hasta el presente nuestras lenguas regionales hayan sido más estudiadas por sabios de lengua germánica que por sabios de lengua francesa: no hace aún mucho tiempo el lector deseoso de procurarse una colección de trozos escogidos de los trovadores debía buscarla en Alemania: en Alemania era igualmente donde se encontraba la mejor edición anotada de la *Mireille* de nuestro gran Mistral: y una de las raras monografías consagradas a este gascón de la región de Bayona, tan interesante desde el punto de vista de la lingüística general, por los curiosos problemas que suscita, era la obra de un estudiante alemán. Es necesario que todas estas cosas francesas sean conocidas por los franceses y estudiadas por ellos

En la segunda enseñanza, que se dirige a niños y a adolescentes de diez a diecisiete años como término medio, la parte de las lenguas regionales debería restringirse más, evidentemente. Pudiera constituir una enseñanza facultativa, a razón de una hora o dos por semana; pero en las clases normales, convendría no descuidar enteramente la literatura regional; habría que exponer su historia y hacer conocer sus más bellas páginas, por lo menos de una manera

sucinta: dejar a nuestros «lycéens» y a nuestros colegiales en la ignorancia completa de las obras que hacen el más grande honor a la región que habitan y en la que, en su mayoría, pasarán toda su vida: ¿no es una falta comparable a la que consistiría en no aludir jamás, en las clases de historia y geografía, a las obras de arte que pueden enorgullecer a la patria chica?

Para que la enseñanza de las lenguas regionales pueda ser convenientemente organizada en las escuelas primarias, sería necesario que los maestros estuviesen preparados para darla, y eso es, sin duda, lo que el Ministro de Instrucción Pública quiso decir en su respuesta a la *Société des Amis de la Langue d'Oc*, al declarar que las dificultades que se oponen a la solución del problema son de orden técnico. Sería necesario, por lo tanto, que los mismos maestros por una formación apropiada recibida en la Escuela Normal se pusiesen en estado de dar a su vez esta enseñanza. Lo que falta más, a la hora presente, son precisamente los maestros capaces de darles esta preparación: se podrá, sin embargo, según creemos, suplir sin gran dificultad esta ausencia de maestros si se delegan a este efecto personas competentes capaces de asumir esta labor.

Supongamos ahora que algunas promociones de maestros jóvenes han recibido en la Escuela Normal la formación necesaria y veamos cómo la enseñanza de las lenguas regionales podrá organizarse cuando comience a funcionar en las escuelas a las que hayan sido destinados.

Observemos primeramente que no podría haber uniformidad en el procedimiento. Algunas hablas regionales, como el dialecto normando, han dejado, desde hace un tiempo más o menos largo, de producir una verdadera literatura, a pesar de ciertas felices excepciones, como las bellas composiciones de Luis Deuve, el poeta del Cotentin. Aquí no podría tratarse de dar a los discípulos una verdadera enseñanza lingüística. Habría que limitarse a mostrarles brevemente cuáles son las principales diferencias que separan al «patois» del francés, y a hacerles leer, explicándolos, y comentándolos, algunos trozos escogidos, por ejemplo algunos versos de ese Luis Deuve a quien acabamos de aludir, o las más curiosas piezas de la *Muse Normande* de David Ferrand, que podrán completar, como el más perfecto de los comentarios, las lecciones que el maestro tendrá ocasión de explicar acerca de la historia de la Normandía del tiempo de Luis XIII. Pero sobre todo habrá que dedicarse a inspirar a los discípulos el respeto a ese viejo «patois» que fué la

lengua usual de sus antepasados, y a mostrarles lo orgullosos que deben estar de su glorioso pasado literario.

Por el contrario, allí donde la lengua regional continúa sirviendo de instrumento a una literatura realmente viva, la enseñanza de esta lengua y de esta literatura deberán, a nuestro parecer, ocupar un lugar mucho más considerable. En este caso todavía las condiciones no serán las mismas en todas las escuelas. En la mayor parte de los pueblos de cierta importancia, el francés ha llegado a ser tan usual (o a veces *más* usual) como la lengua del país; es un hecho que es imposible no tener en cuenta. En las localidades de esta clase, el francés deberá constituir forzosamente, como en el pasado, la base de la enseñanza desde la entrada de los niños en la escuela; pero están en un medio impregnado de la influencia del habla local; privarles de toda enseñanza de esta lengua sería querer hacerles extranjeros a su propio país, impedirles comprender lo que significan los nombres de lugar o los apellidos que pronuncian más a menudo, desarraigarlos intelectualmente. Aquí, bien entendido el conocimiento de la literatura regional deberá desarrollarse más que en el caso precedentemente considerado: ¿se concibe una escuela de Agen en la que el nombre de Jasmin no se pronunciara nunca?

En la mayor parte de los pueblos pequeños, y con más razón en las aldeas, el habla regional es casi siempre la lengua materna de la totalidad de los niños. ¿Porqué, por tanto, no sacar partido de este conocimiento, en cierto modo natural, para perfeccionarla y fortificarla? ¿Qué resultado se obtiene con el sistema actual que *de parti pris* afecta ignorar esta lengua? Creemos haber mostrado más arriba que la lengua regional influye sobre el francés para deformarlo y hacerlo incorrecto; a su vez el francés que estudia el niño en la escuela influye sobre su manera de hablar su lengua regional, alterando los giros y la pronunciación, y se asiste a este espectáculo tan frecuente en la burguesía alta y baja del Mediodía y de nuestro Sudoeste de personas que hablan un francés muy malo, y un «patois» o vascuence (según los casos) lleno de galicismos; en cuanto a su pronunciación, es tan mala en una lengua como en otra; es un amasijo heterogéneo de sonidos que participan de los de los dos idiomas sin pertenecer francamente a ninguno de los dos. En suma no saben verdaderamente bien ninguna lengua. Si su conocimiento del habla local es malo, su francés no es mejor.

Por otra parte, un principio elemental de pedagogía y de simple buen sentido quiere que uno se eleve de lo fácil a lo difícil, de lo

simple a lo complicado. Ahora bien, la mayor parte de nuestras lenguas regionales están en posesión de un sistema ortográfico muy simple y lógico (1). Habrá por lo tanto interés, en las escuelas de aldea y en las de villas pequeñas en las que la lengua materna de la totalidad (o de la casi totalidad) de los discípulos es el idioma local, en comenzar por éste el aprendizaje de la lectura y de la ortografía, así como de los elementos de la gramática. Sólo más tarde, se abordará la lectura y el estudio del francés. Durante los dos primeros años de clase, por término medio, la lengua regional será, por lo tanto, a la vez, el objeto y el instrumento principal de la enseñanza; este plazo de dos años podrá abreviarse para los discípulos más inteligentes y más trabajadores; inversamente podrá alargarse de un semestre o de un año para los discípulos menos aventajados: tales son, poco más o menos, los principios que, después de una encuesta sobre lo que ocurre en varios países bilingües (Suiza, Bélgica flamenca, país de Gales) recibieron la aprobación general, el año pasado, en el Congreso de Guernica y deben aplicarse en las escuelas primarias, tan florecientes ya, organizadas por las Provincias vascas españolas.

Cuando la enseñanza del francés se haya comenzado, la del idioma regional será forzosamente más restringida. No habrá, sin embargo, que abandonarlo completamente y las frecuentes comparaciones de los giros y de las expresiones que el maestro tendrá ocasión de establecer entre este idioma y el francés no permitirán al discípulo perderlo completamente de vista. De vez en cuando se consagrarán a él algunas horas, que serán empleadas en redactar y dictar pequeños trabajos, o en explicar textos bien escogidos. Las traducciones de una lengua a otra serán así un ejercicio de primer orden para acostumar a los niños a comprender los matices exactos del pensa-

(1) En lo referente al vascuence, la ortografía usada en el periódico *Euskalduna* tiende cada vez más a generalizarse en el Labort y en la Baja-Navarra. Si todavía es susceptible de algunas hieras mejoras de detalle, no por eso deja de ser ya excelente. Puede, por otro lado, aplicarse al suletino, con las pequeñas modificaciones necesarias por la fonética particular de este dialecto: diversas publicaciones dan fe de ello. Para el bearnés y el gascón, la ortografía de los Felibres es también muy simple: tiene además el mérito de no ser, en varios puntos, sino la restauración de antiguas grafías usadas para estas dos lenguas hasta el siglo XVII y a veces hasta el XVIII. Sobre algunos detalles de ortografía gascona y bearnesa que pueden plantear algunos problemas difíciles desde un punto de vista práctico, una persona especialmente competente en esta materia se propone publicar en breve algunas reflexiones, y todos los especialistas suscribirán sin trabajo, creemos, las soluciones que propone.

miento y a expresarlos con la mayor precisión posible. Este método dará, no cabe duda, mejores resultados que el sistema actual en lo que se refiere al conocimiento del francés: ha hecho ya sus pruebas. Se trata menos de instaurar una práctica enteramente nueva, que de resucitar, perfeccionándola, una costumbre que existía todavía hace menos de cuarenta años, en ciertas escuelas del país vasco francés; se enseñaba en ellas a los niños primero a leer y escribir en vascuence; y aun en el caso de que abandonaran la escuela a los diez u once años, antes de haber tenido tiempo de aprender bien el francés, por lo menos leían de corrido en su lengua materna y este resultado no era despreciable. Pero los maestros viejos que han tenido ocasión de ensayar por sí mismos ese antiguo método y el método actual nos han afirmado siempre que con aquél, cuando llegaba el momento de comenzar el estudio del francés, los progresos eran mucho más rápidos y los resultados más satisfactorios. Esta costumbre recibió, por otro lado, la aprobación del gran filólogo Michel Bréal. Si más tarde fué abandonada; fué, sin duda, bajo la influencia de ciertas ideas preconcebidas que dominaron un instante en la Dirección de la enseñanza primaria: ya se sabe que hace treinta o cuarenta años un inspector general de esa enseñanza emprendió la guerra contra el bretón, del que llegó a ser enemigo mortal. Las cosas hancambiado mucho después y nunca hubo, por otro lado, una hostilidad abiertamente declarada de las autoridades universitarias contra el vascuence y los dialectos meridionales: un inspector primario, suletino de origen, no cesó de recomendar a los institutores de su incumbencia el uso del vascuence como un excelente procedimiento de enseñanza.

En el primero como en el segundo de los dos períodos escolares, el estudio de la literatura regional deberá por lo menos ser esbozado. Para los pequeños de seis a diez años, se escogerán de preferencia como textos de lecciones o de explicaciones las canciones populares: el Bearn, en particular, posee algunas bien lindas. En cuanto al país vasco las hay tan hermosas en cuanto a la letra y en cuanto al canto, que uno se pregunta verdaderamente si sería posible encontrar algo mejor para abrir el alma de los niños al sentido de la poesía y de la belleza musical: ¿cómo puede dejarse de emplear un tesoro semejante? Con respecto a los discípulos de más edad el papel de la canción popular será menor, pero no cesará completamente; a veces servirá de comentario sea a una lección de geografía, sea a una lección de historia; cuando, por ejemplo, en el

pequeño curso muy elemental de historia regional que debe a sus discípulos el maestro trate de aquel período tan azaroso como lo fué el siglo xv en Navarra y las regiones vecinas: (qué mejor medio de grabar en la memoria de los pequeños suletinos los rasgos esenciales de esta lección que comentar delante de ellos la famosa canción de Berteretch, tan emocionante en la simplicidad de su trágico relato? Pero el papel principal en esta enseñanza literaria se confiará durante el segundo período escolar a los trozos célebres de los mejores prosistas y poetas regionales: mejor que el francés, en efecto, la lengua materna sabrá hablar al alma de los niños y se apropiarán mejor en ella los elementos de la belleza literaria: así en la medida que su edad lo permite, podrá formarse en ellos el gusto, y más tarde estarán mejor preparados para apreciar, cuando la ocasión se presente, los méritos de las obras escritas en francés.

Una escuela en la que la enseñanza de la Lengua regional estuviera organizada según estos principios no es una utopía. Sin hablar de las instituciones de este género que existen en diversos países extranjeros, ni de los ensayos afortunados realizados en el Roussillon por los maestros catalanes, existe en el Labort mismo una escuela en la que, gracias a la iniciativa de uno de nuestros mejores escritores vascos, la enseñanza de la lengua local está perfectamente organizada: y el éxito que esta escuela ha obtenido entre las familias de la localidad muestra lo bien que responde a sus necesidades y a sus aspiraciones.

IV

Conclusión

En un país como Francia, en el que la unidad nacional es tan fuerte, la enseñanza de las lenguas regionales, lejos de debilitar esta unidad, no puede más que afirmarla todavía más. El ejemplo de lo que ocurre en ciertas naciones extranjeras nos muestra que si hay algo que puede hacer nacer las ideas autonomistas y aun separatistas, es precisamente la oposición del poder central al legítimo deseo que las regiones que poseen un idioma propio tienen de preservar este elemento esencial y característico de su Individualidad.. En el siglo xix, en las escuelas del país de Gales, la lengua gala estaba rigurosamente proscrita y aun perseguida. A la larga este estado de cosas creaba entre los galeses una irritación creciente, una especie de desafecto hacia el imperio británico, que corría peligro de dege-

nerar en un espíritu separatista peligroso para la integridad de la Gran Bretaña. Con una sabia clarividencia el gobierno de Londres, hace unos veinte años, dió a las escuelas galesas un estatuto especial que funciona hoy a satisfacción de todos y asegura el mantenimiento de la antigua lengua de la que el mismo rey de Inglaterra no desdén hacer uso cuando, en la pintoresca ceremonia que tiene por teatro al castillo de Carnarvon, pronuncia la fórmula tradicional que reviste a su heredero presunto del título de príncipe de Gales. El lealismo inquebrantable de los galeses durante la gran guerra ha recompensado el liberalismo inteligente del gobierno británico. Es sabido con qué ardor, en el curso del siglo XIX, Italia deseaba su unidad: desde que esta unidad se realizó, el amor de los italianos por su patria no se ha quebrado ciertamente; ahora bien, es difícil encontrar una nación más fielmente apegada a sus dialectos regionales: éstos se practican constantemente, no sólo por las gentes del pueblo, sino también por la burguesía y las personas más cultivadas; hasta se puede decir que fuera de las circunstancias oficiales y las relaciones con las personas originarias de otra región, la lengua usual de todo italiano es el dialecto local, allí donde existe uno: y es sabido que a Pío X, cuando antes de ser Papa era patriarca de Venecia no le gustaba hacer uso más que del dialecto veneciano en las ceremonias en las que debía tomar la palabra, aun cuando fuera en la catedral de S. Marcos (1). Entre estos dialectos, varios, especialmente el romano, poseen una literatura muy viva y muy hermosa.

Si el culto del habla regional no perjudica al amor de la patria grande, es que, en efecto, al apegar al hombre más íntimamente al trozo de tierra en el que se deslizó su infancia, se opone al desarraigo, que es el enemigo más grande del patriotismo. En los grandes países demasiado uniformados, el hombre no tiene ya el sentimiento de ser ciudadano de alguna parte, se cree «ciudadano del universo», las nacionalidades llegan a serle indiferentes: «*Patria est ubicumque bene est*», el desarraigado se convierte en internacionalista.

(1) Pío X se interesó durante toda su vida no solamente por los dialectos de Italia del Norte, de la que era originario, sino también por el provenzal, tan próximo pariente del piamontés y del lombardo. Y aún mantenía cordiales relaciones epistolares con Mistral: es por lo menos lo que nos ha afirmado una persona muy al corriente de las cosas de la Provenza. Si la correspondencia de estos dos grandes espíritus se ha conservado, su publicación sería de un gran interés.

Algunas almas escogidas son tal vez capaces de concebir y de amar una patria vasta e imprecisa, que no se encarna para ellas en nada concreto: pero un patriotismo de ese género será siempre excepcional: para la mayoría de los hombres el vasto conjunto que forma «la patria grande» será amado porque encierra en sí la «patria chica», y porque son solidarias una de otra y al defender la primera contra un enemigo poderoso, siente que defiende la segunda.

Mantener y honrar a las lenguas regionales, es, por lo tanto, contribuir a la seguridad y a la prosperidad de la nación entera.

H. GAVEL.